

Nuevos recuerdos del porvenir

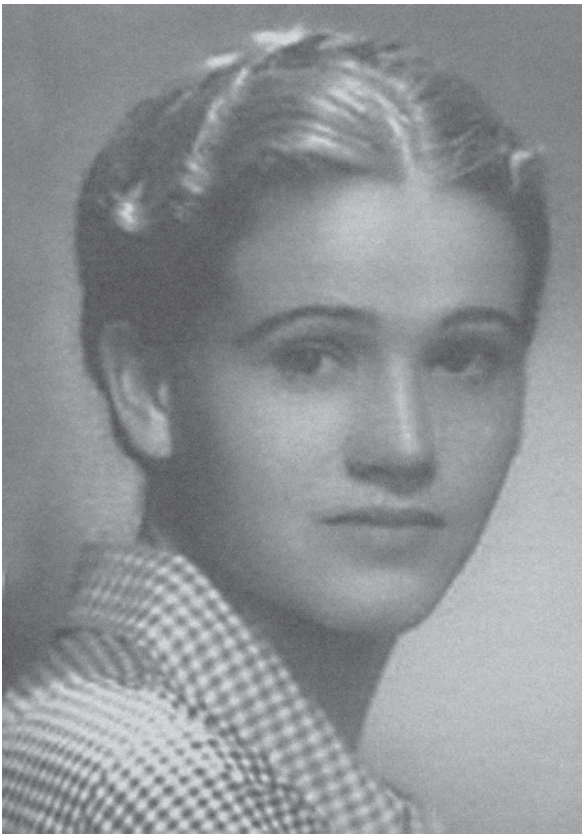
Patricia Rosas Lopátegui

CON UNA PORTADA NOSTÁLGICA y petrificante, Joaquín Mortiz acaba de reeditar una de las novelas más importantes del siglo XX mexicano: *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro. Se trata, según Octavio Paz, de “una de las creaciones más perfectas de la literatura hispanoamericana contemporánea”.

La saga de los Moncada en busca de la libertad creadora; de Julia y Felipe Hurtado, los amantes que no pueden proteger su amor y mueren acribillados por las manos del general Francisco Rosas, el hombre bueno que perdió su destino con el fracaso de la Revolución; de Juan Cariño, el “loco” del pueblo que todos los días limpiaba las calles de Ixtepec y recogía en su viejo y cansado sombrero las palabras que iban aniquilando a sus gentes; la de los indios que “vuelven a ocupar su lugar en el pasado” una vez traicionada la lucha agraria de Emiliano Zapata, todo esto encapsulado con un lenguaje poético de una belleza impar, propició que *Los recuerdos del porvenir* fuera galardonada con el Premio de Novela Xavier Villaurrutia 1963.

Aun para los lectores de hoy, Elena Garro rompe con los convencionalismos temporales y vuelve a ocupar un lugar predominante en el escenario político, económico y social. Con la reaparición de su novela, es como si el tiempo hubiera dado la vuelta completa





para devolvernos intacta la visión crítica, reveladora y precisa del México posrevolucionario, que no difiere mucho del actual; se trata de la misma realidad poblada de injusticias, corrupción, crueldad y miseria, sólo que más recrudescida hoy en día con la violencia que tiene sumido al país en un ensañamiento en contra de la existencia, que a veces pareciera de ciencia ficción.

Elena Garro convirtió su infancia en páginas memorables de la literatura. Pasó sus primeros años en la ciudad de México y después en Iguala, Guerrero, símbolo del paraíso terrenal que cobra vida en la novela que nos ocupa. La autora recrea su infancia al lado de sus hermanas Deva y Estrellita, su hermano Albano, su primo Boni y los indígenas que servían en las casas de José Antonio y Bonifacio Garro Melendreras. Junto con sus familiares, aparecen los indios Rutilio, Félix, Candelaria, Fili, Lorenza, Tefa, Ceferina, sin cuya presencia no habría historias que contar. Los indígenas son el eje motor de lo que nos narra. Y éste es uno de los grandes méritos de su producción literaria: capturar la diversidad multicultural mediante la integración o la fusión de los dos mundos o de las dos caras de México.

Hija de padre español y madre mexicana, Elena fue educada en la tradición occidental y en el pensamiento mágico de los indígenas. Esta convivencia entre Occidente y el mundo prehispánico provocó una nueva realidad, la cosmovisión de México que plasmó en *Los recuerdos del porvenir*. Entre 1951-1953, la escritora en ciernes no sabía que iba a inmortalizar narrativamente ese pueblito del sur de México (Ixteppec); también ignoraba que estaba iniciando una nueva corriente en las letras hispanoamericanas:

el llamado “realismo mágico”. Sin embargo, Garro siempre rechazó esta clasificación del mundo académico porque para ella la realidad mágica de *Los recuerdos del porvenir* no es sino la representación de lo que vio, escuchó y experimentó desde niña; es decir, el pensamiento mágico y milenario de los indígenas que siempre ha estado presente en México y que hizo mella en su identidad y en su ideario.

En *Los recuerdos del porvenir* aborda Garro los horrores que vivió el país bajo la dictadura de Plutarco Elías Calles durante la Guerra Cristera. Ahí está la nación dividida entre los viejos (los porfiristas) y los nuevos ricos (los “revolucionarios”) adueñados del poder, al lado de los indígenas que vuelven a ocupar su lugar en el pasado, despojados de sus tierras por los latifundistas y por los pistoleros mercenarios. Iguala-Ixtepec-México es el pueblo arrasado por un gobierno tiránico en donde los jóvenes no tienen posibilidades de cumplir sus sueños, los indios son vistos como bestias sin derecho a existir, y el amor está condenado a fracasar. Todo muere —nos dice Elena— en donde no hay autodeterminación, justicia, pluralidad, respeto e igualdad. Por eso en la novela todos los personajes están muertos, e Ixtepec, el narrador, está sentado sobre una piedra mítica, condenado a la repetición del pasado o a los recuerdos del porvenir.

En la visión trágica de Elena Garro, México aparece como una piedra: un país petrificado, como Isabel Moncada, la joven que no pudo escapar a las fuerzas gobiernistas, ni a la maldición de un amor contaminado por el poder corrupto; Ixtepec, microcosmos de México, es esa piedra con cuerpo de mujer mutilado, en medio de un devastado horizonte, donde todo se repite y la esperanza es asesinada por los traidores a la Patria, como dicen los hombres de Ixtepec.

Vale la pena leer esta obra maestra; ojalá se convierta a partir de ahora en lectura obligatoria en las escuelas y universidades mexicanas, porque, como bien afirmó Joseph Sommers: “En su interpretación del pasado [...] de México, Elena Garro es aún más amargamente crítica de la Revolución en conjunto que contemporáneos suyos como Mojarro, Galindo, Fuentes, Rosario Castellanos y otros”. Y que los festejos patrios de este año que termina realmente lo sean leyendo a uno de sus más grandes autores: su obra clásica imperecedera, *Los recuerdos del porvenir*.

Ahora corresponde al lector continuar esta aventura literaria. No se arrepentirá y descubrirá que México cuenta con una pluma excepcional hoy rescatada. ■



Elena Garro
Los recuerdos del porvenir
México, Joaquín Mortiz
2010, 288 pp.